4. Un año después

Paso por mi primer ingreso voluntario en un centro psiquiátrico. Si todo va bien y no me he matado antes, estoy seguro de que habrá un segundo y quizá llegue a un tercero. Tan poca fe me tengo. Hará siete años me hundió la muerte de mis padres y hace poco ha fallecido mi tía Soledad. Qué ganas puedo tener de seguir viviendo. La muerte accidental de mis padres nunca llegué a superarla, tampoco quise, cómo se supera que te dejen las personas que más quieres en la plenitud de su vida. No se supera, te mal acostumbras a vagar con ello. Qué me queda.

Vivo, pero dejo pasar el tiempo sin más, reposo de mente enferma de pena. Y cuando decido dedicarlo a algo: leo y cuando me siento capaz, como es este momento: escribo.

Leo todo lo que cae en mis manos, desde novelas de buen grosor a escuetas reflexiones de pensadores que llegaron al grado de conocimiento necesario para hacerlas, o eso se piensan, o eso les dicen los que lo piensan y ellos los creen. A mí me hacen pensar, no ellos, sus reflexiones-sentencias y también madurar. En eso soy tardío. Cuanto más maduro, mayor es mi convencimiento de lo poco o nada que sé. Me asombra y admira como a un niño lo que está bien escrito, aun teniendo la sospecha de ya haberlo leído; por ello pudiera parecer que soy mayor o que me siento como tal y estoy de vuelta, pero no lo soy, ni me siento, aunque sí estoy de vuelta. Por desgracia la vida no me quiere bien.

Con buena letra leí una reflexión de Albert Einstein que me viene al pelo. En ella sentenció que había dos maneras de vivir la vida: Una como si nada fuese un milagro y otra como si todo lo fuese. Yo he vivido como si todo lo fuese desde que la muerte me lo hizo ver, pero a la vez he querido dejar de hacerlo. Y aun sabiendo que la vida y vivir en ella es un milagro que puede resultar efímero, dudo si terminar con la mía. Lo intenté dos veces que no llegaron a tener éxito por cuestiones inexplicables: la primera vez, mi organismo pudo con un bote de somníferos y una botella de whisky y en la segunda ocurrió algo insólito: la que era mi mujer anuló la cita con un tipo para regresar pronto a casa; en ese intento fueron dos frascos los que tomé, me mantuve en la botella de whisky. Era definitivo, pero ella me salvó. La confusión que tengo de si volver a intentarlo o dejar que el destino se pronuncie, la escondo por rincones donde cohabita con el recuerdo de mi madre, de mi padre y ahora recién llegado el de mi tía. Allí quedan bien ocultas de todos menos de mí.

Al poco de la muerte de mis padres me arruiné porque el dinero dejó de tener el valor que le daba y el cabrón me lo hizo pagar. Enfangado anduve cerca de cinco años. Marcela se divorció de mí con razón, no era más que un monigote, un hazmerreir de abogados y bancarios, al que se podía considerar indigno de ser alguien, ser alguien, sólo ser alguien. Mi grado de ser lo perdí aquel año en el mes de octubre. Tiempo después levanté cabeza, recuperada la dignidad conseguí estabilidad económica y me casé de nuevo… A los pocos meses, no llegó a ocho, son pocos cuando te casas con las ganas que yo lo hice, Loreto me desvalijó lo que por desgraciada fortuna me había caído del cielo: La herencia de mi tía Soledad. Cuánto la quise, hermana menor de mi difunta madre, que en gloria esté. Una mujer bella y perturbadora de todo aquel que la viera caminar.

Mi tía acumuló un capital decente tras cuatro matrimonios ¨indecentes¨ por la edad avanzada de los esposos amantes, que lo fueron de palabra y obra hasta el último aliento. De casamientos indecorosos los tildaría yo y por ello rentables. Soledad los atrapó mayores, uno tras otro, con pocos meses de descanso entre muerte y casamiento en los que apenas fingió duelo alguno, le pareció deshonesto hacer el paripé cuando ya los hombres criaban malvas, hasta cumplir la edad de cincuenta y nueve. Ahí paró, con el deceso del último consorte: un anticuario inglés al que sólo vi una vez y me basta para asegurar que rezumaba muerte por los cuatro costados. Eso nunca se sabe, me dijo mi tía mientras lo observábamos caminar a pasitos cortos, bien agarrado del brazo de Tata Candela, por su floreado jardín. Respiraba flojo, demasiado flojo; parecía que el aire entrara en su boca abierta por el leve flujo que provocaban sus cortos pasos. De vez en cuando sufría un espasmo seguido de fuertes bocanadas anhelantes, como salidas de una inmersión de buceo a pulmón. A cada trecho paraban para comprobar si seguía vivo o caminaba muerto. Apretaba los parpados caídos cegado por la luz del día, ya fuese a sol o a sombra, y su rostro ajado y sin agarre descolgaba inexpresivo. Aguantó tres años más, anduvo fina alargando lo que parecía cosa de días.

Desde ese entierro mi tía pasó a disfrutar de su definitiva condición de viuda adinerada y con ello: Objetivo de jóvenes galanes, indeseables interesados a los que dejaba hacer su trabajo por respeto al oficio. Oficio que siempre bordó con maestría cuando tuvo necesidad de hacerlo. Si se hartaba de un joven, lo cambiaba por otro. Qué hermosa, cuánto la quería. Los maridos se le fueron quedando exhaustos por el camino, uno tras otro hasta el cuarto. Todos entregaron con gusto su última gota de vida. Dopados por voluntad propia, que mejor prueba de amor, mantuvieron firme durante las horas de velatorio y quién sabe hasta cuántas horas más, ya bajo tierra, un vergonzoso y adulterado vigor post mortem.

Mi segunda esposa no fue buena conmigo pese a haberme salvado la vida cuando quise quitármela. Aunque yo tuve parte de culpa de que me dejara. Era lista, raposa, una belleza. Me advirtieron de ello, decían que se veía venir, pero yo no vi nada. De nuevo un monigote. Ahí si fui un auténtico memo que no supo interpretar su entrega sentida en el velatorio de mi querida tía Soledad, que Dios la tenga en su Gloria. Ahora que dispongo de tiempo para pensar, me paro y lo pienso…

La habitación está siempre limpia. La habito sin compañía. La soledad es impagable cuando la necesitas. Vivir en nueve metros cuadrados es vivir en el paraíso. Os puedo asegurar que pese a mi profunda depresión soy sociable, en este hábitat voy de nuevas, a lo mejor es peor serlo, por lo que trato de estar sin que se note que esté, sin respirar más alto ni caminar más lento que cualquiera de mis compañeros tarados.

Dejo pasar el tiempo. Leo. Dejo pasar el tiempo. Escribo. Dejo pasar el tiempo. Me hundo.

También comencé un ensayo, lo busqué profundo para poder divagar sin límites disfrutando de mi retiro. El tema: La vida. Afirmo que la vida, el planeta tierra y los demás planetas, conocidos y desconocidos, el sistema solar, el universo, dónde quiera que esté, y más allá, lo que quiera que haya… Más universos, infinitos universos que ocupan espacio en la nada. En la nada más absoluta, ahí se sostiene todo. Terminé.

…La vida es un milagro, es qué no lo ven.

70.

Las graves heridas en la cabeza cicatrizaban lentamente. Esteban del Rosario se había negado a recibir visitas. El poco tiempo que no estaba sedado sufría ataques de pánico. Intentaba no cerrar los ojos. Tenía la cara desfigurada de heridas amorfas marcadas por puntos de sutura. En el cuero cabelludo habían tenido que injertarle piel. Apenas hablaba.

Marga esperaba en la sala, presente todas las mañanas desde su ingreso, escuchaba el parte médico y hacía tiempo vagando por allí hasta la hora de comer que regresaba a su casa. Cada dos o tres días veía llegar la figura de Leo por el pasillo con el mismo gesto interrogativo. Nada nuevo, no podemos verlo. La próxima semana lo trasladan a la unidad de psiquiatría del Gregorio Marañón.

Se sabe algo del hijo. No, pero Maguilla dice que te advierta, no bajes la guardia. Ha vuelto a trabajar. Sí, les dieron el alta con la condición de no quitarse las gafas de sol. Han forzado reincorporarse, el caso de los Guevara es mucho caso, están desmontando su entramado de empresas. Ha caído gente con buen nombre, no me extrañaría que los condecoraran. Estoy al tanto, sale a diario en televisión. Me alegro por ellos, aunque dieron muchos palos de ciego. Eso sólo lo sabemos nosotros… Y Loreto, te ha devuelto alguna llamada. Ha cambiado de número. Dejó su apartamento al día siguiente y no ha dado señales de vida. Marga sospechó que Leo pasaba el día frente a su domicilio. El conserje me tiene al tanto, no pienses mal. Asintió. Has ido a casa de su madre. Tampoco hay nadie. Me dijo un vecino que está viajando y no debería por su estado de salud. Eso deberías hacer tú, un viaje largo, desaparecer durante un tiempo. Igual lo hago cuando Esteban salga de esta.

Les sorprendió que un médico preguntara por los familiares de Esteban del Rosario. Ellos se levantaron. Son familia. No, compañeros. Nunca dijo que tuviera familia, dijo Marga, ha pasado algo. Son Leo y Marga. Si, dijeron a la vez. Pregunta por ustedes. Ha mejorado entonces. Eso parece. Les prevengo que su aspecto puede alarmarles, procuren disimularlo. Ya saben que sufrió heridas tremendas en el cuero cabelludo y en la cara. Una oreja la tuvieron que reconstruir. De qué podemos hablar, preguntó Marga. Muestren naturalidad, no eviten hablar de lo que sea. Necesita recuperar algo de normalidad, el aislamiento empieza a ser nocivo para su salud mental.

Acompañaron al doctor hasta la habitación, aunque no se les notara, la preocupación la llevaban.

Muy malito no estarás cuando andas mirando por la ventana. Esteban sonrió al oír la voz de Leo y se tomó su tiempo para contestar: Ahora entiendo lo de la libertad en nueve metros cuadrados. Habló sin girarse y ellos no lo apremiaron. Se fijaron en los cráteres deformes que cubrían su cabeza.

—Sabes que en esa piel no te sale pelo; te lo han dicho, no.

El doctor y Marga lo miraron sorprendidos, pero Esteban entró en el dialogo sin herida aparente.

—Si sólo fuera eso.

—Puedes ir con gorra.

—A lo que no me acostumbro es a mi cara.

—Tu cara, a mí me pegaron un tiro en la mía. Además, tampoco es que fueras guapo. Te subieron el ego las señoras, pero escucha: ahí sí que te ibas a morir.

Esteban se giró hacia ellos y Marga dio un respingo. Joder, detective, estás peor que cuando te desenterramos. Tú tampoco andas demasiado precioso. Se dieron un abrazo largo. Lo vamos a tener jodido para encontrar pareja. Qué tal, jefe. Hola, Marga. No le hagas caso, tampoco se te ve tan mal. Es un buen rostro para un detective de brega, ahora me tendrán respeto.

No terminaban de verle agujeros cosidos. En el lado derecho se cebaron los pajarracos. El parpado se queda a media asta, no me quita visión, pero el aspecto es estúpido. Te das un aire a Colombo, la boca tampoco la tienes muy católica. La tuve dormida, no sentía media cara, me ayudó a aguantar los picotazos. El pico de un cuervo es como un martillo afilado, y los ojos…, los ojos son de dinosaurio. Tenían comida asegurada, esperaban mi muerte posados sobre mi cabeza. La verdad es que pensé que habría más destrozo. Qué duro por lo que has pasado, dijo Marga, pero te veo bien, estás entero. Lo peor es el coco, el doctor me ha ayudado a superar los fantasmas, no dejo de ver cuervos y jabalíes. Jabalíes, esos no llegaron a saber de mí. Recé porque me llegara la muerte antes de que dieran conmigo. Cómo recé, Dios. La primera noche los oí revolcarse en el gasoil. La segunda me encomendé a la Virgen, después del ataque de los pájaros ya me daba por muerto, hasta que oí el disparo y los berridos. El cazador, dijo Leo, debió huir cuando vio llegar a la Guardia Civil. Yo no vi a ningún cazador, ni sentí nada hasta que un hermoso ángel me trajo de vuelta.

Hubo silencio, los tres habían avanzado hasta la ventana y observaban el trasiego de coches por la avenida.

Ya está bien de drama, sales tú o me vengo yo a pasar una temporada, tenemos que hablar del futuro. No jodas, Leo, no estoy preparado para salir. Te espera la agencia. Tendré que cerrarla durante un tiempo, lo siento Marga.

Si les apetece pueden pasear por el recinto, dijo el médico señalando la puerta.

En la parte trasera del edificio había un pequeño jardín con dos bancos de madera, en uno de ellos se sentaron.

Tomas muchas pastillas. Unas cuantas. Pues no parece. Igual son de pega. Marga los observaba, los dos presentaban un aspecto que costaba acostumbrarse. Definitivamente ya no eres gafe. Por qué lo dices. Joder, Rosario, el cazador salió indemne y todos volvimos sanos y salvos. Puede ser que saliera indemne, pero tú no lo sabes, aunque tampoco me preocupa. No te preocupará, pero para los demás es un alivio. Tres gorriones aterrizaron a la vez, picoteaban entre la hierba sin dejar de mirarlos. Una mujer les echa migas de pan todos los días, la veo desde la ventana. Sientes aversión por los pajarillos. No. Qué me dices de Loreto. Por ahí haces daño. Se acabó, pregunto. Si acabarse es no saber nada de ella, se acabó. Qué mujer. Claro que tú no sabes la historia. Qué historia. Olvídalo, ahora lo que importa es que salgas de aquí. Venga, necesito sacar cosas de la cabeza, dame en qué pensar. Joder, acabo de recordar al hijoputa que cortó la cabeza al caballo. Está en la cárcel hasta que salga el juicio. Por su llamada dieron con tu agujero. Y los tres que lo acompañaban. Los tienen localizados, esperan que les lleven hasta el hijo, indicó Marga. Los cuatro se divirtieron conmigo, pasaron dos veces derrapando, sentí el calor del tubo de escape en los ojos, pánico, el golpeo del corazón y los pulmones a punto de estallar… Te parte la conciencia verlo llegar sin poder moverte. Marga se estremeció. Leo se removió maldiciendo. Qué salvajes, por muchas historias que te cuente, lo tienes difícil para superarlo. Cuando salgas procura llevar un buen cargamento de pastillas, las noches son muy largas. Tú las sigues tomando. No, Tata las ha escondido para estar tranquila. Yo no tengo quien me las esconda. Rosario, tú no quieres suicidarte, sólo tienes que evitar a los cuervos y a los jabalíes, y procura no tumbarte bajo los coches.

Esteban sonrió frio y perdió la mirada por las nubes.

Qué pasó con Loreto. Ernesto Guevara la amenazó con su madre y ella se derrumbó. La culpa es mía, Loreto no sabía que entrabamos en esa casa para justificar la intervención de la policía, creyó que era por la muerte de Soledad, pero fue por el lavado de dinero. La engañaste. Maguilla sospechaba que estaba con los Guevara y me hizo jurar que no se lo diría, se jugaba la placa. Normal que haya desaparecido, está jodida… Los tres estamos jodidos, esa gente no perdona. Sabes que casi te matan por celos. Qué dices, loco. El niño estuvo celoso, pensó que había algo entre vosotros.

Esteban sonrió al vacío revoloteado de gorriones. Hasta te ha gustado escucharlo. He tenido mi momento de gloria, ahora entiendo su peineta, me tuvo como rival. Pero, no te lo tomes como algo que pueda volver a pasar y más ahora con tu aspecto. Qué cruel, recriminó Marga, no vale todo Leo, te reconcome haberla perdido. Marga, tengo dinero para unas cuantas vidas y soy un infeliz condenado a la soledad. No puedo estar solo sin pensar que sobro… La necesito. Pues con tu geta vas de culo para recuperarla. Tú también, espetó visiblemente enfadada. Perdona, pero lo tiene difícil, no confió en ella y la involucró con engaños. Tiene razón, ella confió en mí. Quizá te ayudó porque tenía remordimientos. Quiero pensar que había algo más entre nosotros.

Se coló el sol entre las nubes y con él llegó un momento de calma. Desde una ventana los observaba el médico. Verlo dialogar era un buen síntoma de mejoría.

Una anciana llegó hasta ellos y ocupó el banco de enfrente, llevaba una bolsa de plástico con restos de pan. Les saludó y comenzó a lanzar migas que desmenuzaba a pellizcos. Vestía de riguroso luto con el moño bien estirado, juanetes marcados en las zapatillas y medias negras salpicadas de zurcidos de carrera. Observaba el revuelo de los pájaros y le temblaba la sonrisa arrojando migas de pan.

Me siento mucho mejor, os agradezco la sinceridad. Creo que voy a decirle al médico que me voy a casa. No te entiendo, dijo Marga. De pronto he superado mis miedos, joder, me tuvo por rival, me enterró vivo y no consiguió matarme. Soy un superhombre, Marga. No lo eres, Esteban. Para él si lo soy, se va a cagar patas abajo cuando vea mi cara.

Eso seguro, intervino leo. Tranquilo que no hará nada contra ti, no va a arriesgarse. Ahora la que manda es la madre. Mercedes tomó los mandos el mismo día. El niño lo tiene difícil porque ella lo había planeado todo. El inspector cree que lo tiene cogido por los huevos, con información que lo manda directo al trullo. Además, debe portarse bien si quiere mantener el ritmo de vida. Si le corta el grifo, malo, no creo que esté preparado para vivir de otra manera. Esa mujer ha sabido quitárselos de en medio, ahora le toca disfrutar a ella.

Marga y Esteban lo interrogaron sorprendidos.

Os confieso que de principio pensé que era tan culpable como Ernesto, pero me hizo cambiar de opinión. Se presentó un día en mi casa y me aclaró muchas cosas… Fue quien pagó a Eduardo Madariaga para que me guiara hacia su marido, y lo hizo bien, se jugaba mucho si la llegan a descubrir. Desde hacía tiempo quería retomar la relación de amistad con Soledad. La oportunidad le llegó en una fiesta, Esteban, la misma de la que nos habló Ernesto Guevara, pero su versión es bien distinta, para mí la buena. Ella dio el paso, le pidió perdón. Hablaron de su juventud y después de tanto tiempo, terminaron abrazadas y felices.

Esos días Soledad pasaba por una crisis, había discutido con Arnaldo Puskin y su amiga Gabriela la había decepcionado con el asunto de la estafa a la compañía de seguros. Las dos necesitaban ese abrazo. La alegría de aquellos días que nos contara Tata, no fue por Ernesto Guevara, fue por retomar la relación con Mercedes. Él quiso aprovechar ese acercamiento, por eso planeó la cena bajo la excusa de hablarle de la enfermedad mental de su amiga. Ella lo llamó mientras cenaban, se enteró por su hijo, lo amenazó con llamar a la policía. No conocía los detalles, pero sabía de lo que era capaz.

La maltrató. Calló por su hijo y seguramente sigue callando por él. Por él no sé, dijo Esteban, por los socios de su marido, seguro. Ella dirige ahora la empresa, ¿no? Sí, Conservas Guevara mantiene su actividad legal. Es imposible desligarse de ese mundo. Quieres decir que mantiene la relación con el cártel. Es una posibilidad, no crees.

La señora sacudió la bolsa de plástico con energía dejando un rastro de migas. A los gorriones se habían sumado las palomas, engreídas y alborotadoras. Se marchó sin despedirse por donde había llegado, terminaban de avisar de la apertura del comedor y cuando el hambre aprieta se disculpan los olvidos.

Qué me contáis de Arnaldo Puskin. Estuviste cerca de viajar a Londres para darle una paliza. Menos mal que no lo hizo, dijo Marga ahora relajada. No subí al avión por Loreto, la seguían dos sicarios de Ernesto Guevara que todavía andan sueltos, creyó que seguían órdenes de Puskin. Supongo que le interesó tenerme cerca durante ese tiempo que no se fiaba de nadie, y cuando vio que había chicha donde pillar, decidió continuar con la pantomima. Marga se inclinó hacia adelante para mirarlo a la cara. Esteban quedaba entre los dos. Yo la vi muy preocupada por ti cuando te agredieron, no creo que sólo fuera por eso. Yo también lo creo, me cuesta, pero admito que hacíais buena pareja. Me devolvió los dos millones el día que desapareció, dijo con la mirada perdida en los pájaros.

Arnaldo Puskin me llamó por teléfono, estaba muy afectado, quiso que nos viéramos, pero le dije que no teníamos nada de qué hablar. Se sinceró y algo lo creí, no sé qué me pasa que estoy por creer a todo el que me llora. Se alejó de Madrid por mí, me dijo, pero los dos sabíamos que fue por la investigación de Maguilla, le pudo la ambición de tener las pinturas, estuvo cerca de apropiárselas por la cara. Un buen trabajo del inspector localizándolas en casa de María Victoria, porque mantuvo el silencio cuando lo acusé de presentar un documento falso. La colección está a salvo en tu casa, para qué removerlo, Leo. Quédate con que vivo atormentado por la pérdida, no supe que moriría allí sentada, si no hubiéramos discutido, si no le hubiera planteado ser deshonesta, ella se habría apoyado en mí, no habría quedado con ese tipo. Ha regresado a Madrid, se va a llevar un buen susto si lo abordo en la noche. Leo, no lo hagas, ese hombre es mayor. Si lo abordáis los dos se queda seco. Los tres sonrieron. Procurad que no os vean a la vez, podéis matar a cualquiera. Dios, no sé lo que digo, perdonad, lo he pasado tan mal qué verte recuperado me ha dado la vida. Gracias Marga, dejaré las pastillas en el despacho para que puedas esconderlas. Os aseguro que no estoy recuperado, si no es por vosotros seguiría enroscado en mi caverna.

Caminaban de vuelta a la habitación.

—Me habéis dado ganas, voy a salir de aquí, no pasaré ni una noche más.

—Por lo menos no cojeas.

—Serás cabrón.

—Y hablar, hablas sin que se te escape el aire.

Los esperaba el médico. Pareció recibir bien la decisión de Esteban. Dar el alta hoy es precipitado. Si no les importa esperar, hablaré después con ustedes.

Leo y Marga, lo comentaban en la sala de espera, de pronto se asombró por alguien que vio al final del pasillo. Qué pasa, Leo. Uno de los mexicanos acaba de pasar hacia las habitaciones. Ese hijoputa va a terminar el trabajo. Fue decirlo y Marga marcó a Maguilla. Espera un momento, avisamos a seguridad. No la escuchó, corría ya por el pasillo.